
CAPÍTULO XXVIII.

El monte San Bernardo. — Monjes expulsados. — Nueva especie de libertad establecida en Suiza. — Lucha sangrienta. — La Iglesia combatiendo por el mas sagrado de los derechos. — Suceso curioso y que explica las convicciones. — El Piamonte adopta el mismo sistema que la Suiza. — La libertad pisoteada en cada uno de sus capitulos. — La persecucion contribuirá al triunfo de la Iglesia. — Contraste doloroso. — Reformas. — ¿Qué influjo han tenido en Europa las del Piamonte? — Individuos perjudiciales á la sociedad y á la Iglesia.

La historia imparcial señalará algun dia hechos que, escuchando hoy el género humano entre el ruido sordo de las naciones agitadas, de los pueblos conmovidos y de la sociedad toda colocada en una pendiente, no alcanza á penetrar ni todo el horror que inspiran, ni toda la injusticia que revelan. Tales son los que la Suiza en una sucesion de impiedades y de luchas, de persecuciones y despojos, ha cometido con ultraje de la civilizacion y de la libertad que falazmente proclama, y con indignacion de cuantos aman la justicia, base esencial del sistema republicano. La sociedad, que ha oido simplemente que los monjes de San Bernardo fueron arrojados con violencia de su monasterio, fundado entre la nieve, rodeado de precipicios y donde solo el interes de salvar la vida á los viajeros extraviados podia inspirar la resolucion heróica de sepultarse en él á los fervorosos hijos del santo abad de Claraval; que ha oido se obligaba á los ciudadanos á viva fuerza á sufragar por hombres que rechazaba su conciencia y el espíritu de partido que-

ria elevar á los primeros puestos; y que ha visto arrastrar á una prision y encerrar en un calabozo al obispo de Losana y de Ginebra porque hacia á sus fieles advertencias que juzgó á propósito, no conoce toda la gravedad de tales hechos, no obstante que así aislados como se refieren, ya se divisan como manifiestas infracciones de las garantías mas preciosas que concede la libertad.

Yo, atravesando el monte San Bernardo, examinaba cuál podria ser el origen de la devastacion que se percibe en aquel monasterio venerable: los monjes á nadie perturbaban viviendo en su soledad; servian al público salvando á los pasajeros sorprendidos por los temporales en la montaña, y cubiertos muchas ocasiones por la nieve, de donde les sacaban y frecuentemente con peligro de su propia vida; ellos daban hospitalidad á cuantos la pedian, y en las inmediaciones de la montaña los pueblos, de cualquiera creencia que fuesen, les amaban y respetaban como á seres privilegiados y como ángeles tutelares de la especie humana. Ellos ninguna resistencia hicieron á la autoridad, ningun atentado cometieron contra las leyes, ni de ninguna conjuracion se les acusó contra la patria; sin embargo una orden les mandó disolverse, otra cerrar el monasterio, y una partida de tropa introduciéndose en este arrojó á viva fuerza á los monjes y á sus huéspedes: ¡Porque vestian aquellos un traje determinado!; porque hacian voto de castidad, de pobreza y de obediencia!; porque eran monjes, en fin! Nada les valieron millares de hombres salvados de la muerte, nada las condecoraciones que muchos de los monjes habian recibido de gobiernos mas justos, y en recompensa de servicios prestados á sus nacionales, ni nada su beneficencia que bendecian todos cuantos aman la humanidad. Para un gobierno que contradice dia por dia los principios de libertad que sirven de base á la existencia de las naciones, nada de esto vale; ni la reprobacion general que le acarreó acto tan inhumano es mas, segun su juicio, que «preocupacio-

nes que atrasan á los pueblos separándolos del sendero de la ilustracion. » Segun esto la Suiza sola es ilustrada; y la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos y las demas naciones, que hasta hoy condenan aquel atentado cometido contra la humanidad y contra la libertad, son naciones retrógradas que marchan extraviadas de la senda que las luces del siglo trazan á los pueblos.

La libertad que el gobierno suizo asegura á los ciudadanos de los cantones confederados no es la noble independencia que constituye al hombre dueño de sí mismo y tal como salió de las manos del Criador, no es la que le garantiza el uso de su inteligencia y de su voluntad, ni la que al mostrarle la ley sancionada por el libre querer de la nacion, le deja tranquilo gozar el fruto de su bienestar. No; sus propios actos nos lo señalan hostilizando abiertamente la libertad de conciencia, que garantiza á cada ciudadano el libre ejercicio de su religion: persiguiendo los individuos en su domicilio, molestando su persona, atacando sus propiedades, y desentendiéndose cuando reclamaban la proteccion que conceden las leyes. Él ha perseguido encarnizadamente el culto católico en los cantones cuya mayoría lo profesa, ha condenado á los ciudadanos pacíficos porque pedian la observancia de las leyes, y ha pisoteado el derecho de asociacion, uno de los principios de la libertad. ¡Ved ahí cómo comprenden esta los republicanos de Ginebra, que alguno estimó como padres de la libertad y modelo de gobiernos libres! ¿Qué dirian en Norte-América si allí se vieran alguna vez rodeadas de bayonetas las mesas electorales é insultados con golpes por los agentes del poder los ciudadanos pacíficos porque no sufragaban por los candidatos de este? ¿Qué dirian si viesen un suceso tan alevoso como el de Leu, ó tan despótico como la prision y el destierro del obispo de Friburgo Monseñor Marilley? ¿Qué dirian, en fin, si vieran entregado al ciudadano á la merced de agentes de policia que invaden su casa para sacar por fuerza al capellan de ella, «por ser mi-

nistro de un culto distinto del que profesaba el juez del distrito? » ¿Podrá decirse que hay libertad donde prevalece un orden de cosas semejante? De ningun modo; y solo por ironía alguno lo dirá si pone la mano sobre su conciencia ántes de responder.

Las naciones europeas han visto á los pueblos agobiados por despotismo tan cruel lanzarse para combatirlo; si la fortuna no les fué propicia, y si la demagogia conservó su puesto al frente de los negocios públicos y oprimiendo á cuantos se atreven á contradecir su sistema de opresion, sus corazones ni son por eso ménos leales á su conciencia, ni sus esfuerzos serán infecundos.

Mas no son estos combates en los que la Iglesia triunfó jamas, sino otros que si en Suiza dejan estampadas trazas sangrientas, la culpa es de la administracion que entregó al martirio los ciudadanos que trabajaban por realizar el triunfo de la ley sobre el despotismo, y de la República verdadera sobre la tiranía espantosa de los radicales. ¿Quién no recuerda horrorizado el asesinato del diputado Leu, alma del partido católico de Suiza y campeón el mas intrépido de la fe y de la libertad? Al radicalismo molestaba su influencia y le condenó á muerte: lisonjeándose que el espíritu del justo perecería con él, hizo inmolar la víctima en su mismo lecho (1). Leu pagó el delito imperdonable para los rojos de ser popular, respetar la Iglesia y combatir con abnegacion las bastardas empresas de los radicales. El radicalismo descubrió su culpa tratando de manchar la conciencia del muerto; y el grito unánime de los cantones indicó al verdugo que emplearon los rojos como instrumento. Para vergüenza de la humanidad se vió entónces á la prensa roja hacer la apología del delito, y al poder tratando de salvar á los verdugos que habian confesado el crimen con todos sus detalles (0). ¿Y quién no ve con el mismo horror el tejido de

(1) 20 de julio de 1845.

injusticias que forma el proceso iniciado por los radicales contra el obispo Marilley, arrastrado á la cárcel, sepultado en los calabozos y condenado al destierro con desprecio de cuantas garantías concede la constitucion á los ciudadanos? Mas cuando Leu era asesinado por un vil verdugo, á quien otros aun mas viles prometieron oro é impunidad; y cuando el obispo de Ginebra y Friburgo era encerrado en la prision, del lóbrego rincon de un calabozo del viejo castillo de Chillon salia una voz enérgica y noble que decia al gobierno: « En una época de libertad como la nuestra en que se combate y destruye el absolutismo político de los gobiernos pasados, se quiere con desprecio de todos los derechos y de todas las garantías conservar el despotismo religioso, que introdujeron aquellos gobiernos á despecho del reclamo enérgico del obispado entero... Ni la agitacion del pueblo, ni los conflictos que han sucedido, nada detiene á los que por su base minan las instituciones de un Estado libre. Esos pueblos que se han levantado á nadie atacaron, y si combatieron fué defendiéndose en su propio territorio contra una agresion que estimaban injusta y contraria á los derechos de su libertad (1). » El que así hablaba era un obispo; quien con tanta abnegacion defendia los derechos de sus conciudadanos estaba preso, y en vísperas de marchar al destierro; ¿y por qué? Oigamos cómo lo condenaban sus mismos enemigos: « Protesta contra la expulsion de los Jesuitas y demas comunidades regulares que el gobierno ha arrojado, y protesta tambien contra decretos que emanan del poder llamándolos cismáticos (2). » ¡Y porque un funcionario protesta, aun cuando sea con toda la energía de que es capaz el hombre, sin ofender empero la ley ni el decoro de la magistratura, se le castiga! ¡y esto en una República! ¡y

(1) Note au conseil exécutif du canton de Berne, le 2 novembre 1848. M^r Marilley.

(2) Le conseil d'Etat du canton de Fribourg, etc. 19 octobre 1848.

bajo un gobierno que se llama ultraliberal! Libre Dios al mundo de semejantes repúblicas y á las naciones de tales magistrados.

Esta clase de gobiernos que parecen calculados para castigar en los pueblos extravíos pasados, desmienten con sus actos sus bellas teorías, entronizando bajo el nombre augusto de la libertad, que respeta y ama la sociedad entera, el mas ominoso y duro despotismo. Cuando era preguntado el asesino del magistrado Leu por qué se habia alistado en las banderas del radicalismo, él respondia con franqueza: « Yo ignoro del todo lo que sea radicalismo; pero se me ha asegurado que los Jesuitas tienen reunidas enormes cantidades de dinero, y que estas serian distribuidas segun las circunstancias. Nada mas pensé ni examiné alguna otra cosa al afiliarme entre los rojos (1). » ¡Hé ahí explicado todas las convicciones y todos los programas de la libertad que dan los resultados que pesan sobre los cantones de la antigua Helvecia! ¡hé ahí la libertad que tan caro cuesta á los bravos y patriotas montañeses del San Bernardo y del Gothard! Mas á pesar de la guerra atroz que el radicalismo ha hecho al catolicismo y á sus creyentes, á los obispos y á sus sacerdotes; á pesar que las iglesias fueron despojadas unas y cerradas otras, el catolicismo vive, y ese país donde los discípulos de Calvino pudieron decir un día: « Aquí no se habla ya de papa ni de papismo, » hoy existen periódicos religiosos que sostienen los derechos de la Iglesia, cuyo jefe es el papa, y esto sucede en la ciudad mas adicta á los errores de la reforma.

Pasemos ahora el monte San Bernardo, y entremos en el Piamonte; allí donde esa casa ilustre de Saboya tantos ejemplos de fe y de piedad diera á sus vasallos en otro tiempo; allí donde la sala del consejo del rey se mira rodeada de príncipes de la familia real que la Iglesia colocara sobre los

(1) *Histoire du Sonderbund*. Fribourg, 1850.

altares, y un día acordaban bajo sus doradas bóvedas las leyes que causaron la felicidad del monarca y de sus gobernados; allí donde sin embargo de épocas azarosas para la Religion y para los Estados de Italia, se conservaron tan bellos recuerdos de la munificencia de los soberanos como la Superga y la célebre basílica de la Anunciacion. Cuando se comparan estos vestigios que dejaron al pasar tantos piadosos príncipes, tantos personajes santos y tantos hombres cuya memoria vivirá eternamente en el corazón del pueblo de que fueron padres, con las sombras siniestras que estampan los hechos que presenciarnos, se comprende bien la enorme distancia que existe de una época á la otra, y lo completo del trastorno que han sufrido las ideas de los hombres llamados al gobierno del Piamonte. Separándose estos de sus tradiciones que les unian á la Francia, se constituyen en torpe remedo de los que dan leyes á los cantones de Suiza tiranizando la Iglesia y ganando votos con amenazas y castigos.

« El gobierno se lanza por un sendero liberal para satisfacer los justos deseos de los pueblos que piden libertad, » decia un órgano oficial del gobierno de Turin, al mismo tiempo que ese gobierno conculcaba todos los artículos que forman el gran código de la libertad justamente demandada por los pueblos.

Él ha violado la libertad civil atacando la propiedad directamente; ha violado las garantías individuales haciendo ilusorio el derecho de asociacion; ha violado la libertad de conciencia combatiendo de frente la Religion católica, que es el culto nacional; y ha violado la libertad de la prensa hostilizando las publicaciones católicas, porque hacian oposicion á sus principios. Estos son los artículos esenciales que forman la libertad del hombre que vive en sociedad, y estos son tambien los que el gobierno del Piamonte ha violado á la faz de la Europa y del mundo entero. No somos nosotros quienes le juzgamos sino la sociedad toda, sirviendo

de proceso sus propios hechos. Séanos permitido, sin embargo, notar que el estruendo de los combates á que la Iglesia ha sido provocada injustamente pueden contribuir á su triunfo, y el suplicio afrentoso á que la arrastraban sus ciegos y obstinados adversarios convertirse en espléndida victoria. Ese espectáculo que ha ofrecido á Turin un metropolitano, anciano venerable que abraza con resignacion el destierro ántes que autorizar los vejámenes con que se injuria á la Iglesia, edificando con sus virtudes al país hospitalario que le recibió en su seno; ese espectáculo, repetimos, que ofrecen los obispos protestando á una contra las disposiciones ilegales del gobierno, y los fieles secundando las enérgicas, pero respetuosas, reclamaciones de sus pastores, han despertado el espíritu católico adormecido durante largo tiempo en una tranquilidad semejante á esa calma pesada y molesta que suele ser precursora del huracán. Los católicos del Piamonte sintieron este repentinamente, y han visto cerrados los seminarios, suprimidos los monasterios, disminuidas las diócesis, ocupados los bienes de las iglesias, llevados á la cámara los enemigos declarados del catolicismo, proclamados sin rebozo alguno los principios protestantes, insultada la dignidad del sacerdocio y vejadas las prerogativas mismas del Vicario de Jesucristo. Su fe se ha excitado al mismo tiempo; comprendieron ser necesario combatir por la defensa del mas precioso de los intereses, y prestar sin temor los servicios que pedían la Religion pisoteada y la nacion en peligro de vivir en cisma con el Padre comun de los cristianos. Hemos visto con cuánta lealtad en el seno del parlamento y en los periódicos religiosos se han alzado voces elocuentes para combatir aquellos abusos de la administracion; hemos visto asociarse los ciudadanos para sostener con vigor los ataques frenéticos dirigidos contra la fe, y esperamos ver á esta triunfante y triunfantes tambien los nobles esfuerzos de sus defensores. De esta manera los golpes bru-

tales que hirieron el hermoso cuello de la Esposa de Dios, vendrán á contribuir para dar mayor realce á su divinidad.

Miéntas tanto yo óbservé en Turin uno de esos contrastes dolorosos para el alma que cree y aprecia los espléndidos monumentos que trazan desde los siglos mas remotos la gloriosa carrera de su fe; esa noble marcha que dibujan la célebre Superga, la magnífica catedral de San Juan Bautista y la Anunciata, cual rayo de luz que recorre y atraviesa entre las generaciones y los siglos, dando movimiento y fuerza á los entendimientos y á los corazones. Ví suprimida la Superga y abolidas las asociaciones de sabios que tanto honraban al Piamonte; el edificio suntuoso que los reunia en su seno decae y pierde todo su esplendor primitivo, y de sus ricos mármoles y delicados relieves dentro de algun tiempo nada quedará que no tenga estampada la pesada é inexorable mano de la revolucion. Ví en los templos el fervor del pueblo; no obstante que á este falta el estímulo del ejemplo, de ese ejemplo que recibia de soberanos que decoraban los altares con oro, plata y piedras preciosas, y edificaban á los pueblos con otras obras mas hermosas que los metales y mas meritorias que donaciones no trabajosas para el poderoso. Cuando veía sin embargo las ricas estatuas de mármol y alabastro que adornan aquellas iglesias y leía en sus inscripciones que fueron erigidas por los príncipes con piedad ejemplar, cuando recordaba que hoy se ve perseguida esa piedad, se arruinan esos monumentos, se aniquila lo que creó el fervor de tantos siglos, y se destruye sin reparo alguno lo que edificaron tantos soberanos, no podía ménos que sentir la oposicion de este contraste.

El gobierno del Piamonte, como fastidiado de la paz y prosperidad de que goza, se ha lanzado de una manera despótica á la ejecucion de reformas eclesiásticas que, políticamente hablando, destruyen la mas bella garantía de su paz, excitando los espíritus, sin recoger mas fruto que elementos de revueltas y agitaciones intestinas; y en sentido

religioso envuelven todo lo que hay de mas opuesto á los principios católicos, que fueron siempre la mas noble divisa del Piamonte.

¿Qué influjo producen aquellas reformas en Europa? Fueron celebradas con entusiasmo por la prensa de los radicales de Suiza; los rojos de Francia tambien las saludaron con vivas entusiastas, dispensando á los hombres de Estado que las emprendian elogios expresivos, pero nada honrosos, considerado el órgano que los emite. Los revolucionarios de Italia, de Francia y de Austria se asociaron tambien á aquellas ovaciones, y en las proclamas de todos estos, que para el hombre honrado valen tanto como la basura de los muladares, el incienso se ha prodigado para dar culto á la libertad del Piamonte. Mas allá no pasaron ni los elogios, ni los aplausos: los que aman de corazon la causa de la libertad, los que comprenden bien la extension de los derechos del hombre, y los que estiman la paz como el primer elemento de prosperidad social, las condenaron como viciosas, las despreciaron como absurdas, y el viejo campeon del protestantismo inglés y mas antiguo de los diarios europeos las llamó *intempestivas y revolucionarias*. Este desengaño que los reformadores sardos experimentaron, no es para ellos ménos amargó que cruel para la Iglesia su persecucion.

Los malos católicos que extraviaron su juicio ahogando los convencimientos de su razon y las voces de su conciencia, los que sacrifican su fe al ídolo vano de la lisonja ó al vil simulacro del interes, tienen demostrado en todas partes ser los enemigos mas temibles de la Iglesia, cuyos principios traicionan. Los efectos de su conducta, derramados en la sociedad, son para esta un elemento destructor que la roe y la devora; su ejemplo arrastra á muchos, y las deserciones entre los creyentes no vienen á ser un hecho singular ni extraordinario. Mas cuando la traicion mancha el Santuario, cuando los domésticos de Dios no sólo abando-

nan su puesto para defender los intereses sagrados que se les confiaron, sino que toman parte en los ataques y ocupan lugar entre la multitud de ateos y reformadores que lo persiguen, un grito de horror se levanta de lo mas profundo de la conciencia; y no es maravillando lo nuevo del espectáculo, no lamentando lo acerbo de sus consecuencias, ni ménos alarmando contra el criminal los espíritus de los fieles de cuyas filas deserta, sino reprobando hechos que, á pesar de ser repetidos, no dejan por eso de ser monstruosos ni lamentables. Los que en Suiza y Piamonte quisieron renovar las escenas de Teodoro de Brescia, á saber, Gioberti y los demas que hemos visto figurando entre reformadores, ateos y malos católicos, levantando como estos la voz para declamar contra los derechos de la Iglesia, son los que ocupan el primer puesto entre sus enemigos mas perjudiciales. La Iglesia sin embargo les tratará con indulgencia cuando hayan vuelto, miéntras que los que hoy halagan sus oídos con adulaciones bajas, mañana les prodigarán insultos hasta la ignominia (P).

